
Las obreras ante la igualdad y la diferencia

Nunca ha existido una sola cultura obrera, sino diversas. Desde que las mujeres empezaron a incorporarse al mundo del trabajo asalariado se ha notado y se ha aprovechado la distinta actitud, forma de trabajo y ética que tienen las mujeres hacia su trabajo. Los empresarios dicen que son más cuidadosas y más responsables.

Recientes estudios cualitativos sobre la mujer en el trabajo han contribuido enormemente a cuestionar la imagen de una clase trabajadora homogénea, indiferenciada frente a los medios de producción. Se ha empezado a reconocer una identidad femenina obrera dotada de características específicas, identidad que hasta ahora había permanecido sumergida y negada. Hasta ahora "La mujer, en cuanto trabajadora, es una especie de desviación dentro del espacio obrero masculino, y son sus características sexuales las que se interpretan como las razones de tal desviación."¹

El mayor número de artículos en el libro *El trabajo a través de la mujer* se basan en estudios empíricos cuantitativos y se ocupan de esa inserción específica de la mujer en el mercado de trabajo, (los espacios de la mujer en el sector manufacturero) y, sobre todo, de su identidad obrera. Sin embargo los de Elda Guerra y Alicia Langreo plantean, además de unos modelos interpretativos, los términos teóricos del debate acerca de la posibilidad e imposibilidad de lograr la igualdad entre desiguales.

A lo largo del libro del concepto de la diferencia es abarcado desde dos ángulos. Uno, las diferencias *entre* las mujeres (por país desarrollado y por sector), registrando efectivamente una gran diversidad de experiencias y subjetividades entre las mujeres obreras; el otro, las diferencias entre obreros y obreras.²

La opresión de la mujer obrera es vista como la negación y falta de reconocimiento de su experiencia y cultura específica en el modelo masculino del trabajo.

En forma clara la mayoría de las autoras rescata el dilema de toda mujer trabajadora y expresa

¹ Ver uno de los artículos de este libro: Adele Pesce, "Los conflictos de sexo en el trabajo: reflexiones a partir de una investigación empírica en Italia", p. 39.

² Este manejo de la diferencia está muy bien logrado en artículo de Adele Pesce, "Los conflictos de sexo en el trabajo: reflexiones a partir de una investigación empírica en Italia".

un viejo problema para las mujeres feministas activas en sindicatos: ¿hasta qué punto queremos y (debemos) insistir sobre la diferencia y hasta qué punto debemos seguir luchando por la igualdad y la eliminación de la discriminación en el mercado de trabajo? ¿Deben las obreras tener como el objetivo de sus demandas más recompensas materiales (en forma de prestaciones) por ser mujeres y una mayor valorización de su trabajo femenino (pago igual por trabajo de igual valor) o deben dirigirse hacia una más fundamental erradicación de las diferencias laborales entre obreros y obreras para lograr “la igualdad”?

En Estados Unidos,³ donde la lucha por la igualdad ha tenido su mayor expresión bajo el nombre de acción afirmativa (cuyo fin es eliminar la segregación ocupacional), el movimiento feminista norteamericano señala que el énfasis en la diferencia trae más consecuencias negativas que lo que se pretende evitar. Por ejemplo, la solución respecto a la maternidad es la de deshacerse de todos los beneficios y reemplazarlos por subvenciones familiares para el padre o la madre. El tiempo que la madre tiene que tomar antes y después del nacimiento entraría dentro de

las bajas similares a las disfrutadas por alguien que tras una operación quirúrgica necesita un postoperatorio. La igualdad también se logra mediante la eliminación de todo tipo de disposiciones para “proteger” a la mujer que históricamente ha traído más perjuicios y discriminaciones que protección.

En el terreno de la acción social y política las autoras nos exhortan a pasar de “la reivindicación de la igualdad entre los sexos a la reivindicación de la diferencia. Ya no se trata entonces de que la mujer se acerque en lo posible al modelo masculino sino de reivindicar un modelo femenino alternativo. La mujer debería perder su complejo de inferioridad ante el varón y afirmar, en cambio, la validez (e incluso la superioridad) de los valores femeninos”.⁴

La gran debilidad del libro es que ningún artículo aborda las demandas de la diferencia. De hecho el terreno concreto de la acción social de la diferencia no es mencionado. Como consecuencia nos quedamos con la duda de si conservar y subrayar la diferencia equivale a mantener el *status quo*. Entonces nos encontramos con una exploración de la subjetividad femenina en el trabajo desconec-

³ Ver el artículo de Alicia Langreo y Paquita de Vicente “Las mujeres americanas ante el trabajo”.

⁴ Pag. 20.

tada de muchas de las prioridades políticas de las obreras, que a su vez son un reflejo de sus contradicciones.

De ninguna manera esto quiere decir que la subjetividad femenina no tiene lugar dentro de los estudios sobre la mujer y el trabajo asalariado, pero este énfasis sobre la identidad obrera puede desorientarnos si no está puesto en un contexto político que tiene como punto de partida la relación e interdependencia del modelo masculino dominante del trabajo y el modelo femenino subordinado. Los análisis de la conciencia obrera y la subjetividad femenina quedan trancos si no se explora cómo cambiar la *realidad femenina* dentro del mundo masculino del trabajo.

Este libro trata una amplia gama de temas centrándose en el debate sobre la diferencia sexual y la igualdad respecto al trabajo. Las feministas que reivindican una cultura femenina temen que si enfocamos nuestras acciones políticas hacia la lucha por la igualdad, y si participamos en estructuras dominadas por los hombres, con prácticas netamente patriarcales, como los sindicatos, nuestras experiencias y valores queden negados y tal vez las mujeres terminaremos siendo más agresivas y competitivas, como los hombres.

Sin embargo, la participación en tales estructuras no niega la necesidad y posibilidad de organización autónoma de las mujeres para plantear demandas sindicales legítimamente (como sugiere Cynthia Cockburn en su artículo) en relación con cursillos y capacitación técnica sólo para mujeres. Ella espera que la lucha por la legitimidad de nuestras experiencias y la participación femenina en el conocimiento técnico puedan crear las condiciones para nuevas relaciones humanas entre hombres y mujeres, cambiando profundamente el modelo masculino del trabajo y, por supuesto, cambiando la mentalidad y la situación de poder de los hombres.

En este sentido el artículo sobre las políticas sociales posindustriales en Alemania es muy alentador.⁵ Con ejemplos concretos, plantea la necesidad de nuevas políticas sociales para hombres y mujeres en relación con todos los trabajos de la reproducción de la fuerza de trabajo, así como "un reparto más inteligente del trabajo asalariado entre hombres y mujeres".

Mientras no se reconozca socialmente la interdependencia entre el trabajo asalariado y el trabajo no pagado hecho en casa y

⁵Gisela Erler, "La paradoja alemana: escasa participación femenina en el mercado de trabajo y políticas sociales posindustriales".

mientras las mujeres sigan como el eje del trabajo doméstico seguiremos viviendo nuestras vidas de una forma desunida y ambigua. Esta desarticulación y ambigüedad confirman las distintas esferas de entre mujeres y hombres, los polos fijos y sin cambio de la diferencia sexual. El movimiento pendular entre las luchas feministas por la igualdad con el hombre y las afirmaciones feministas de la dife-

rencia sigue urgente. Estas dos posiciones se encuentran presentes en el libro, aunque de la diferencia recibe mayor cobertura.

Jennifer A. Cooper

Sociología del Trabajo 3/Primavera de 1988.

El trabajo a través de la mujer, Siglo XXI de España.